

LAS FUENTES DE LA HISTORIA DE LA LOCURA: Una ractificación y sus límites*

Pierre Macherey

Traducción de Víctor Florián

La historia de la locura aparece en 1961. Es la primera obra teórica importante de Foucault y el punto efectivo de partida de todas sus investigaciones ulteriores. En 1962, "Presses universitaires de France" reedita con un nuevo título, *Maladie mentale et psychologie*, y en una versión considerablemente modificada, la pequeña obra *Maladie mentale et personnalité*, que había sido publicada por Foucault en 1954 en la colección "Initiation Philosophique", dirigida por Jean Lacroix. Si quisiéramos hacer arqueología del pensamiento de Foucault es a este libro al que hay que remontarse para conocer el estado inicial de sus reflexiones sobre la enfermedad mental y la locura. La comparación de las dos versiones de este texto, la del 54 y la del 62, es rica en enseñanzas pues permite medir el camino que debió recorrer Foucault antes de comprometerse en ese recorrido completamente original que iba a seguir luego durante 20 años hasta *la historia de la sexualidad* de 1984. Ante todo, a través de esta rectificación teórica de un texto primitivo, realizada a la luz de los descubrimientos expuestos por otra parte en *La historia de la locura*, hace resurgir los caracteres específicos de la nueva problemática a partir de la cual fueron posibles esos descubrimientos. Finalmente permite ver en qué límites, a comienzos del 60, se mantiene la interpretación propuesta por Foucault de estas prácticas y saberes del hombre que van a constituir el objeto de su estudio hasta el final de su obra.

Consideremos primeramente la introducción general del libro aunque no sea objeto más que de muy ligeras correcciones. Ella plantea la pregunta general a la que todos los análisis ulteriores remitirán: ¿en qué condiciones se ha llegado a hablar

de "enfermedad mental" y a desarrollar a su antojo discursos que toman la forma de saberes? En la primera etapa de su texto Foucault se proponía confrontar esta representación con "una reflexión sobre el hombre mismo" (p., 2), fórmula que de nuevo redacta de la siguiente manera: "una cierta relación, situada históricamente, del hombre con el hombre loco y con el hombre verdadero" (id.). De esta manera se anuncian dos ideas que se volverán a encontrar consecutivamente en todo el libro del 62 y que delimitan también el campo teórico de *La historia de la locura*: en primer lugar no hay reflexión sobre la realidad humana sino históricamente situada y es solamente en la historia donde esa reflexión encuentra sus bases efectivas; por otra parte, la locura que es algo esencialmente diferente de la enfermedad mental, mantiene una relación fundamental con la verdad. Tendremos que preguntarnos en lo que sigue si estas dos ideas concuerdan y en qué medida prefiguran las transformaciones ulteriores de las posiciones filosóficas de Foucault. Señalemos aún que al comienzo de *Maladie mentale et personnalité*, Foucault caracterizaba la orientación polémica de su investigación de esta manera: "mostrar de qué presupuestos debe ser conciente la medicina para encontrar un nuevo rigor" (id.). Porque si la patología mental accede a formas de rigor históricamente situadas y diversificadas que constituyen sus elementos "previos", es claro para Foucault, en el 62, que la economía de su discurso no brota de "postulados" teóricos así tengan o no un valor científico. Pues para acceder al status objetivo de una ciencia nunca se podrá liberar completamente de estos elementos previos sino solamente adquirir conciencia de ellos a través de una reflexión histórica sobre sus propias condiciones de posibilidad.

El primer capítulo del libro, en sus dos versiones, retoma estos temas introductorios y los desarrolla. Explica cómo el concepto de enfermedad mental, previamente definido en la perspectiva de

* Este texto fue redactado con ocasión del coloquio sobre Foucault realizado en Abril de 1985 en la universidad de Sao Paulo; fué publicado en las actas de este coloquio "Recordar Foucault", compilación realizada por Renato Janine Ribeiro y editada por Editora Brasileira en 1985. (*Critique* No. 471-472, Agosto-Sep. 1986).

una patología general o “metapatología” común a la medicina orgánica y a la medicina mental, se desprendió de allí bajo la cubierta de un estudio propiamente psicológico de los fenómenos de la locura, estudio que le revela los caracteres específicos, irreductibles a los modelos explicativos utilizados en el contexto de una patología orgánica. El texto de *Maladie mentale et personnalité* reafirma entonces la necesidad de liberar la noción de enfermedad mental de postulados abusivos que le impiden acceder a un rigor científico. “La patología mental debe liberarse de todos los postulados abstractos de una metapatología: la unidad asegurada por ésta entre las diversas formas de enfermedad no es más que artificial; es el hombre real el que de hecho lleva su unidad” (p. 16). Esta última fórmula que hace pensar en Politzer, en quien Foucault sin duda se inspiró al escribir su primer libro en el 54, es evidentemente ambigua: a la esencia abstracta de la enfermedad opone una verdad efectiva y concreta del hombre que es como la imagen en el espejo. Es por esto que sustituye el texto del 62 por esta nueva redacción: “es decir, ella depende de un hecho histórico del cual ya escapamos” (id.); pues el “sujeto” de la enfermedad mental no es esa naturaleza auténtica u objetiva que persiste detrás de las interpretaciones artificiales que la disimulan sino un ser histórico del que no dice nada sino que él mismo es el enfermo, y la unidad de ese sujeto depende de condiciones en perpetua transformación que excluyen toda permanencia. Es por esto que dar cuenta de la especificidad de la vida mental no es “investigar las formas concretas que puede tomar en la vida concreta de un individuo” (p. 17), como decía el texto de la primera edición, sino, según la versión corregida, “investigar las formas concretas que la psicología pudo asignarle” (id.), y en el sentido de una asignación histórica que debe ser estudiada fuera de la referencia a un fundamento real ya sea dado en la existencia singular de un individuo o en una esencia humana abstracta pensada como general. Ya no basta para esto con “determinar las condiciones que hicieron posibles esos diversos aspectos (de la patología mental) y restituir el conjunto del sistema causal que los fundamentó” (*Maladie mentale et personnalité*, p. 17), sino que es necesario “determinar las condiciones que hicieron posible ese extraño status de la locura, enfermedad mental irreductible a toda enfermedad” (*Maladie mentale et psychologie*, id.): restituirle al concepto de enfermedad mental su dimensión histórica y social es sustraer su objeto del encadenamiento mecánico al que lo somete su inserción en un sistema causal y es, por el contrario, buscar pensarlo en relación

con sus presupuestos y condiciones, es decir, con sus elementos “previos”. Comprendemos entonces por qué en las últimas líneas de este capítulo introductorio, mientras en la primera versión de su texto Foucault se proponía volver a llevar la enfermedad mental a sus “condiciones reales” (p. 17), se compromete en la versión corregida y en una vía diferente a examinar “la psicopatología como un hecho de civilización” (id.): ya no se trata de explicar la enfermedad misma, sino de relacionar los discursos y las prácticas de las que hace el objeto con las condiciones que los constituyen históricamente, fuera de toda determinación real que dependa de una significación objetiva o positiva.

El resto del libro se desarrolla en dos partes. La primera expone y lleva por título “las dimensiones psicológicas de la enfermedad”. Muestra cómo las diversas aproximaciones psicológicas de la enfermedad mental tendieron a desligarla poco a poco de una representación esencialista o naturalista, al interpretarla ya como un hecho de evolución (según el punto de vista jacksoniano, expuesto y criticado en el segundo capítulo “la enfermedad y la evolución”), ya como un momento en la historia del individuo (según el punto de vista del psicoanálisis, analizado en el tercer capítulo “la enfermedad mental y la historia individual”), ya como sentido ofrecido a una comprensión existencial (punto de vista fenomenológico presentado en el cuarto capítulo “la enfermedad y la existencia”). En la segunda versión del libro, es reproducido el texto de esta primera parte con modificaciones insignificantes. En 1962 Foucault continúa pensando que la psicología al proponer una descripción de la enfermedad mental que no solamente está fundada en la representación negativa de las deficiencias, como por el contrario lo hace la patología orgánica, y al dar por sentada la representación de conflictos (entre la existencia pasada y la existencia presente del individuo, entre su mundo interior y el mundo exterior, etc.), la caracterizó con lo que él acaba de llamar “un nuevo rigor” (p. 2). Pero el límite de estas interpretaciones psicológicas aparece cuando éstas presentan lo que no tiene más que un valor de descripción como si tuvieran el de explicación, como si revelaran el sentido y el origen de la enfermedad: ponen en evidencia lo que hay de contradictorio en la noción de enfermedad mental, pero no son capaces de volver a poner esta contradicción dentro del sistema estructural de sus condiciones que son más bien “históricas” que “reales”; en efecto, esas interpretaciones siguen permaneciendo ligadas al presupuesto de una existencia humana dada de

donde pretenden emanar las leyes. Es por esto que en la segunda parte del libro el tema del sentido y el alcance de la noción de enfermedad mental será transportado a un terreno completamente diferente.

He aquí cómo Foucault, en las últimas líneas del cuarto capítulo de su libro, articula esta nueva investigación con las descripciones precedentes: “Pero es quizás tocar aquí una de las paradojas de la enfermedad mental que coaccionan a nuevas formas de análisis: si esa subjetividad del insensato es al mismo tiempo vocación y abandono del mundo, ¿no es acaso al mundo mismo al que hay que pedirle el secreto de esa enigmática subjetividad (en la segunda edición: el secreto de su enigmático status)? Después de haber explorado las dimensiones exteriores¹, ¿no somos llevados forzadamente a considerar sus condiciones exteriores y objetivas? (en la segunda edición: ¿no hay en la enfermedad un verdadero núcleo de significaciones que dependa del dominio en el cual apareció y ante todo ese simple hecho de que esté considerada ahí como enfermedad?)” (pág. 69). Esta nueva redacción de las tres últimas líneas de la primera parte del libro muestra que la aparente permanencia de su texto esconde de hecho un desplazamiento de su significación: pues en el segundo libro la caracterización de la psicología en términos que son reproducidos idénticamente desemboca entonces en un mero orden de problemas. En *Maladie mentale et personnalité*, las fórmulas utilizadas podrían sugerir la necesidad de ir más lejos de lo que no hacían las diversas psicologías en el sentido de reconstitución de una realidad humana, explicada concretamente a partir de sus “condiciones exteriores y objetivas”, manteniendo de esta manera la ilusión de que el concepto de enfermedad mental remite a un contenido real del que solamente da una interpretación mistificada. Por el contrario, *Maladie mentale et psychologie* desvía la atención hacia un nuevo tema: la noción de enfermedad no se refiere a un sentido más que en la medida en que esté identificada como tal en un cierto contexto histórico o dentro de un sistema de condiciones que objetiva su contenido; es por esto que esta objetivación no depende de una objetividad previa y por tanto no debe ser interrogada sobre su fundamento real sino sobre su “constitución histórica”, y es precisamente esto lo que le da el tema a la segunda parte del libro, en la nueva edición de 1962.

1. Sin duda se trata de una falla de impresión del texto pues aquí “exteriores” aparece por “interiores”.

Estas consideraciones permiten proponer una explicación al cambio de título del conjunto de la obra. Al comenzar a medir la relación de la enfermedad mental con la personalidad, como lo hacía en su texto del 54, Foucault se comprometía en un recorrido explicativo que buscaba las condiciones de la enfermedad mental y de su concepto por el lado de la existencia personal del enfermo y de la situación general que determina esa existencia. El nuevo título del libro publicado en el 62, indica una orientación diferente: ya no se trata de estudiar la relación que mantiene realmente la enfermedad con la personalidad sino de examinar su relación histórica y discursiva, con una “psicología” que delimita el campo epistemológico dentro del cual su concepto es pensable y remite al menos aparentemente a un estudio positivo. En esta perspectiva así definida, ya no es posible hablar de enfermedad mental, personalidad, psicología, como si estas nociones correspondieran a contenidos objetivos, cuyos contornos podrían ser encerrados y aislados sin que previamente se tenga en cuenta el sistema histórico de las condiciones a partir del cual adquieren sentido correlativamente unas con otras.

Este desplazamiento se confirma con la nueva redacción de las primeras líneas de la segunda parte del libro. Volviendo sobre los tres capítulos precedentes para precisar su alcance, Foucault primeramente había escrito: “los análisis precedentes determinaron las coordenadas por las cuales se puede situar lo patológico dentro de la personalidad” (p. 71); en el 62, retoma esta fórmula así: “los análisis precedentes fijaron las coordenadas por las cuales las psicologías pueden situar el hecho patológico” (id). Esto quiere decir que no hay hecho patológico en sí, como el primer texto podía dejarlo pensar, por consiguiente tampoco relación real de determinación entre la enfermedad mental y la personalidad, sino que, a la inversa, la realidad misma del hecho patológico no puede ser pensada más que a partir de una psicología que la inscribe en su perspectiva. Por consiguiente la pregunta esencial es entonces saber cuáles son las relaciones entre enfermedad mental y psicología, sin pasar por la referencia intermedia a una “personalidad”, de la que la psicología supuestamente enunciaría su estructura íntima dándole su explicación positiva.

Son muy importantes las modificaciones aportadas a la segunda parte del libro. El tema allí tratado resulta de su confrontación con la primera parte: hasta aquí no fueron expuestas sino las formas de manifestación de la enfermedad mental desde

el punto de vista de las diversas psicologías, que bajo pretexto de darle explicación, no hicieron más que describirla; se trata ahora de abordar el estudio de las condiciones de la enfermedad. Al final del capítulo quinto, Foucault escribe que es necesario interrogar a ésta sobre sus “orígenes reales” (p. 89), en lugar de atenerse a “explicaciones míticas” que se desprenden inmediatamente de su simple observación o de lo que aparentemente se da como tal. Ahora bien, estos orígenes reales de la enfermedad no se encuentran en la personalidad del enfermo o en las formas de existencia que le son impuestas, siendo éstas objeto de una investigación en la que el análisis psicológico tendría todavía su lugar y accedería inclusive a un rigor científico. Pero ellas coinciden con las condiciones históricas que hacen al mismo tiempo posibles el hecho patológico y su interpretación, sin que entre estos dos se pueda establecer ninguna relación de precedencia o determinación. En *Maladie Mentale et personnalité*, esta investigación es reunida bajo el título “las condiciones de la enfermedad” (p. 71), expresión ambigua ya que deja reflejar la posibilidad de una explicación objetiva de la enfermedad en cuanto que ésta corresponde a un dato real que positivamente puede relacionarse con sus condiciones. Para quitar esa ambigüedad tal vez hubiera sido suficiente escribir este título de manera un poco diferente: las condiciones de la “enfermedad”, con comillas agregadas a la palabra enfermedad, y mostrando que las condiciones de las que depende su objeto determinan al mismo tiempo y conjuntamente el hecho y la representación que le es dada, sin que estos dos aspectos se puedan separar y sin que uno pueda colocarse frente al otro como si fuera el principio de su realidad. En la segunda versión de su libro, Foucault expresó esta idea titulado su segunda parte “locura y cultura”.

Primeramente consideramos la introducción de este nuevo desarrollo. Si bien las psicologías, escribe Foucault, mostraron las formas de aparición de la enfermedad, no han podido demostrar sus condiciones de aparición (p. 71). Y continúa el texto: “Sin duda es en ellas donde la enfermedad se manifiesta, es en ella donde se descubren sus modalidades, sus formas de expresión, su estilo, pero es en otra parte donde tiene sus raíces el hecho patológico” (la desviación patológica en la 2a. versión). En efecto, desde el punto de vista de ese “en otra parte”, en el que se encuentran los orígenes reales de la enfermedad, es decir, desde el punto de vista de ese sistema dentro del cual ella es inseparable de su imagen, ya no hay que hablar de “hecho patológico”—como si éste existiera en sí

mismo según su propia realidad— sino de “desviación patológica: esta última expresión designa lo patológico como separación en relación con una norma que es a la vez norma de existencia y norma de evaluación, a partir de la cual la enfermedad coincide exactamente con su imagen, tal como históricamente se construyó en condiciones que son a la vez objetivas y subjetivas.

Lo que sigue del texto introductorio no sufrió transformaciones. Sin embargo, es necesario prestarle alguna atención no sea que los mismos análisis adquieran un sentido y un alcance diferente por estar reubicados en un contexto nuevo. En estas páginas, Foucault considera las interpretaciones “sociológicas” o “culturalistas” de la enfermedad mental, que permiten precisamente relativizar esa noción al sumergirla de nuevo en el sistema de las representaciones colectivas. Ahora bien, esas interpretaciones, que efectivamente presentan el hecho patológico como desviación en relación con una norma (“la enfermedad tiene lugar entre las virtualidades que sirven de margen a la realidad cultural de un grupo social”, p. 73) ofrecen según Foucault, quien no vuelve sobre esta crítica en el 62, el inconveniente de no dar más que una caracterización negativa, siendo entonces pensado lo patológico como carencia en relación con la norma. Ahora bien, “es que sin duda falta lo que hay de positivo y de real en la enfermedad tal como se presenta en la sociedad” (p. 74). En el texto del 54, atravesado por toda clase de reminiscencias de una epistemología realista, esta frase no sorprende: remite a la idea de que hay un contenido específico del hecho patológico que escapa al punto de vista global de la explicación sociológica. Pero sorprende en el texto del 62 que por lo demás parece depurado de toda referencia positivista. Es que en el intervalo la fórmula cambió de significación: en ruptura con la “ilusión cultural” (p. 75) de donde procede el sociologismo, ahora manifiesta lo que emparenta el hecho patológico con el sistema dentro del cual éste es representado en la forma de una relación positiva de determinación. “Los análisis de nuestros psicólogos y sociólogos, que hacen del enfermo un desviado y que buscan el origen de lo mórbido en lo anormal, son por lo tanto primeramente una proyección de temas culturales. En realidad una sociedad se expresa positivamente en las enfermedades mentales que manifiestan sus miembros” (p. 75). En realidad, positivamente: estas palabras sin embargo ya no significan que hay una realidad efectiva de lo patológico, accesible a una explicación positiva sino que la inserción de la enfermedad en un contexto cultural y social, lejos de

implicar una desrealización y una negación de su concepto, es por el contrario lo que constituye su realidad “positiva”, en condiciones que evidentemente ya no son las de una naturaleza sino las de una historia. El límite del sociologismo y del culturalismo está en que dan una definición de la enfermedad común a todas las formas de sociedad y de cultura. Es preciso invertir los términos de un análisis semejante: la enfermedad no es reconocida como tal porque es separación con relación a una norma; pero ella es separación con relación a una norma porque está identificada como una forma patológica, en condiciones que están pendientes de dilucidar, y ante ellas deben ser pensadas las normas colectivas no como causas sino como efectos, no como realidades en sí —es en esto por el contrario donde reside la ilusión culturalista— sino como fenómenos.

Después de descartar la perspectiva de una sociología culturalista, será preciso entonces responder a dos preguntas: “¿cómo llegó nuestra cultura a darle a la enfermedad el sentido de desviación y al enfermo el estatus que lo excluye?; y cómo a pesar de eso nuestra sociedad se expresa en esas formas mórbidas en las que rehusa reconocerse?” (p. 75). En efecto, si es tomada la enfermedad dentro de un dispositivo de exclusión, no es en el contexto de la cultura o de la sociedad consideradas en general sino en el de un cierto tipo de cultura y de sociedad, que le asigna así la forma de su manifestación. Es lo que Foucault quiere decir cuando escribe que una sociedad “se expresa positivamente” en las formas patológicas que ella distingue, incluso si y quizás porque rehusa reconocerse en ellas. Pero lo vamos a ver, esta idea de expresión no significa exactamente lo mismo en *Maladie mentale et personnalité* y *Maladie mentale et psychologie*.

En efecto, en el libro 54, el capítulo quinto se titula “el sentido histórico de la alienación mental”, y en el del 62 “la constitución histórica de la enfermedad mental”. Hablar del “sentido histórico” de la alienación es mostrar cómo “se expresa” una sociedad a través de las formas mórbidas a las que impone sus modos de reconocimiento: pero entonces hay que tomar ese “sentido” y esa “expresión” no según la orientación de una hermenéutica de las mentalidades —de todas maneras esta vía está cerrada—, sino en la perspectiva materialista de una explicación de la superestructura por la infraestructura muy próxima del Marx de *La ideología alemana*, que define a la ideología como “lenguaje de la vida social”. Esta perspectiva, característica de *Maladie mentale et personnalité*, remite al

presupuesto de una epistemología realista que explica el hecho patológico en relación con las condiciones reales que lo determinan como “alienación” en el marco de una sociedad alienada ella misma; entonces se dirá que esta sociedad proyecta su alienación en modos de comportamiento que impone a algunos de sus miembros y modela de esta manera su personalidad. La verdad de la alienación reside por tanto en las relaciones sociales que los hombres mantienen mutuamente en su existencia, que está de todas maneras perturbada por los conflictos materiales que determinan sus formas, ya sea ordenada en la categoría de lo normal o en la de lo patológico. Cuando en 1962 vuelve a llevar su investigación al estudio de “la constitución histórica de la enfermedad mental”, Foucault se aparta de esa concepción de una alienación original, pues ésta es colectiva, que a priori daría cuenta de todas las formas de exclusión social y por esto mismo daría “las condiciones de la enfermedad”: pues la alienación debe ser pensada no como una causa sino como un efecto, que depende de una “constitución histórica” que no se reduce a una relación real de determinación que presuponga en la materialidad primitiva de su principio (la estructura social) el contenido de lo que busca explicar. Si hay alienación en un cierto tipo de sociedad, no es en virtud de una esencia alienada de éste que preexiste a sus manifestaciones y no hace más que reproducirse en ellas: pero la materialidad del hecho patológico no constituye el objeto de una toma de conciencia y de una evaluación sino porque es históricamente construida, dicho de otra manera, porque ella es el producto de un proceso que de ninguna manera le anticipa la realidad al comienzo, sino que efectúa sus condiciones a través de un encadenamiento de acontecimientos imprevisibles cuya sucesión queda por reconstituir.

En el primer párrafo de este capítulo quinto, el texto del 54 propone una génesis de las formas modernas de alienación a partir de esas formas originales como son el *energoumenos* de los griegos, el *mente captus* de los latinos y lo *demoníaco* de los cristianos. “Sin duda hay que encontrar la forma primitiva de la alienación en esa posesión en la cual se vió, desde la Antigüedad, la transformación del hombre en otro distinto como el signo mayor de la locura” (p. 76). Al seguir las transformaciones de estas formas primitivas debe ser posible mostrar el sentido histórico de la alienación representada primeramente como irrupción de lo inhumano en la existencia humana, integrada luego progresivamente en el universo de los hombres, hasta el momento en que encontrará lugar

dentro de ese sistema contradictorio, que se impone en Europa en los últimos años del siglo XVIII, al combinar la exclusión y la inclusión, característica de la sociedad burguesa. Ahora bien, el libro publicado en el 62 rechaza esa concepción de una evolución continua, que conduce de la posesión a la enfermedad mental, precisando gradualmente un concepto de alienación cuyo sentido no hace más que desarrollarse progresivamente a través de esa historia, en lugar de constituirse efectivamente en y por ella. Adoptar este último punto de vista de una constitución histórica es, al contrario de esa evolución continua, hacer aparecer la sucesión de rupturas que acumulando sus efectos terminarán por producir el concepto de enfermedad mental, en las condiciones específicas de una determinada cultura. He aquí cómo comienza el capítulo quinto en su nueva versión: “Es en una fecha relativamente reciente que Occidente le otorgó a la locura el carácter de enfermedad mental. Se ha dicho, suficientemente que hasta el advenimiento de una medicina positiva el loco había sido considerado como un poseído” (p. 76) Ahora bien, es precisamente esto lo que Foucault mismo había dicho en la redacción primitiva de su libro, en donde presupone una especie de permanencia de la alienación a través de la historia que expone en diversas formas. Pero la historia no da solamente un sentido o sentidos a la alienación, sino que le dirige su “constitución”, en el curso de un recorrido discontinuo que no determina por anticipado la referencia a una forma común de alienación que de entrada fijaría la dirección general de su recorrido. En buena lógica señalemos que con ese cambio de orientación también debería desaparecer la alusión a un “Occidente” mítico que remite a la ilusión misma de una permanencia y de un “sentido”.

Por tanto, plantear el problema de la constitución histórica de la enfermedad mental, es renunciar a buscar detrás de ésta la base objetiva de la cual sería su manifestación. En *Maladie mentale et psychologie*, Foucault escribe: “Todas las historias de la psiquiatría hasta hoy quisieron mostrar en el loco de la Edad media y el Renacimiento un enfermo ignorado, tomado dentro de la estrecha red de significaciones religiosas y míticas. Habrá sido necesario entonces esperar la objetividad de una mirada médica y en fin científica para descubrir el deterioro de la naturaleza allí donde no se decifraba más que perversiones sobrenaturales” (p. 76). La lectura recurrente de la historia proyecta, hasta en las formas primitivas, la suposición de esta verdad final que de hecho no corresponde más que a un punto de vista limitado con el cual se ope-

ra, como si fuera la misma locura la que había sido ignorada primeramente como posesión para ser luego conocida y reconocida como enfermedad mental. Una epistemología realista no afirma en efecto la existencia sustancial del objeto al cual se aplica un conocimiento más que para conferirle a éste la perennidad de derecho de un saber único que atraviesa toda la historia, sin que en el fondo lo altere su movimiento: pero esta representación misma del saber y de su objeto está ligada a una coyuntura histórica –la que en el siglo XIX dará luz al discurso de la medicina positiva– y no puede escapar de sus condiciones. La continuidad que ella supone no tiene ningún fundamento real sino que depende de la singularidad de un punto de vista y de un momento, precisamente éste en el que la noción de enfermedad mental, hasta entonces no solamente ignorada sino impensable en otro contexto, aparece dentro de un sistema de prácticas y discursos que le confiere su valor exclusivo de verdad.

Abramos un paréntesis. Inmediatamente después de haber evocado esa ilusión retrospectiva del saber positivo que anexa al dominio de la enfermedad todas las clases de formas anteriores reunidas en la noción general de alienación, Foucault evoca la “confiscación” de las diversas experiencias de la locura en el concepto mismo de enfermedad (*Maladie mentale et psychologie*, p. 78). Ahora bien, este término de confiscación evoca dos cosas a la vez: por una parte indica el proceso de abstracción que reduce unas figuras históricas originales a una sola representación, incomparables en razón de la irreductibilidad de las condiciones de que dependen, lo que equivale a privilegiar indebidamente una de ellas para constituirla en el modelo con el que uniformemente deberán medirse todas las otras; pero por otra parte sugiere también el libre crecimiento de esas experiencias singulares retenidas arbitrariamente en los límites de un discurso mítico que esconde su realidad moviente. Se puede pensar que aquí se esboza un nuevo realismo, que ya no sería el de la ciencia sino un realismo de la experiencia a su vez promovida al status de una forma originaria y verdadera que atraviesa libremente la historia, no siendo ésta más que el lugar ocasional de su manifestación: se trataría aquí de un realismo de la locura como objeto no de un saber sino de una experiencia. Efectivamente toda la *Historia de la locura*, cuya gran sombra se proyecta en el texto de *Maladie mentale et psychologie*, está marcada por ese presupuesto de una experiencia fundamental de la locura representada por la trinidad un poco mística de Nerval, Roussel y Artaud, experiencia esen-

cial que escaparía de los límites de una constitución histórica. Para retomar una expresión de Dreyfus y Rabinow (*Michel Foucault, un parcours philosophique*, traducción francesa, Gallimard 1984, p. 29), esa “investigación de fuentes ontológicas ocultas” es completamente característica del sistema interpretativo adoptado por Foucault a comienzos del 60, en el momento en que se compromete en su gran empresa de una genealogía de las formas de la experiencia humana: es precisamente este presupuesto el que sus trabajos ulteriores cuestionarán de manera más o menos neta.

Acabamos de abordar el análisis de un concepto central en el pensamiento de Foucault, el de experiencia, que aparece al final del primer párrafo del capítulo quinto de *Maladie mentale et psychologie*. Interviene entonces como alternativa de la representación de un hecho positivo que estaría en la base de la noción de enfermedad mental. Lo que en la recurrencia de un saber que eterniza su discurso proyectándolo al pasado, aparece de manera continua y permanente como alienación, corresponde de hecho a experiencias diversificadas e incomparables. Estas no se encadenan unas con otras a partir de una esencia indiferenciada de la que serían sus sucesivas expresiones sino que se articulan unas con otras, y en cierta manera funcionan solidariamente en el curso de ese lento trabajo de constitución histórica que no está predestinado por el presupuesto de un sentido preestablecido, sino que sin depender de normas impuestas por una racionalización preconcebida, avanza siempre más allá de sus formas actuales, ya que por el contrario engendra sucesiva y proporcionalmente los criterios de su racionalización.

Desde este punto de vista, el aporte esencial del texto del 62 consiste en el hecho de que entre las consideraciones sobre las antiguas figuras de la posesión y las que son consagradas a la medicalización del fenómeno de la alienación, se intercala un análisis (p. 80-82) sobre la experiencia clásica de la locura, que retoma en forma muy resumida lo esencial de los descubrimientos largamente detallados por otro lado en la *Historia de la locura*. “A mediados del siglo XVII un brusco cambio; el mundo de la locura va a devenir en mundo de la exclusión” (*Maladie mentale et psychologie*, p. 80). La nueva “experiencia”, salida de esta mutación, se ordena alrededor de una institución sin precedentes, el hospital general, cuyas funciones brotan de la policía y no de la medicina. La estructura de separación que se instala entonces hace referencia a una patología social que confundiendo en una misma categoría al loco, al pobre, al anciano,

al licencioso, al rebelde, los encierra también en un mismo lugar, reunidos bajo esa figura única y monótona del desviado que la sociedad expulsa sobre las márgenes para no tener que reconocerse ya en la imagen inversa que ella misma le remite. “Esas casas no tienen ninguna vocación médica; no se es admitido allí para curarse; pero se entra allí porque ya no se puede o porque ya no se debe seguir haciendo parte de la sociedad. El encierro en el que se encuentra el loco con muchos otros en la época clásica no cuestiona las relaciones de la locura con la enfermedad sino las de la sociedad consigo misma, con lo que ella reconoce y no reconoce en la conducta de los individuos” (p. 81). Es en este momento en el que la locura, al lado de otros casos que surgen de la misma sentencia de reclusión, es percibida y vivida como ausencia de obras, porque es reflexionada a través de una esencial relación con la ociosidad y la pereza que justifica el hecho de que sea cortada del mundo útil de la producción. Es por esto que el sistema de reclusión precede a la constitución de la locura como enfermedad mental que le da su objeto a un saber positivo: la experiencia médica de la locura, que vendrá más tarde, se hará a partir del elemento previo de esta exclusión cuya estructura va a ser transportada del hospital al asilo sin modificar sus dos caracteres fundamentales: reclusión del silencio y condenación moral. La relación entre enfermedad mental y locura no es por consiguiente la que se representa el saber positivo en virtud de la recurrente ilusión que le es propia: la experiencia médica de la locura como enfermedad mental de ninguna manera está prefigurada en el gesto clásico de la exclusión; pero ésta que en el trabajo histórico de su constitución precede a aquella, le impone por el contrario sus propios modelos de representación. Es por esto que en el momento en que la medicina reemplazará a la policía no será para aproximarse progresivamente a una verdad natural de la locura sino para continuar, en otras condiciones, el movimiento de elaboración que desemboca en sus formas actuales. Parece que se debería concluir de esto que no hay experiencia originaria de la locura sino solamente una sucesión discontinua de experiencias a propósito de las cuales nada permitía predecir con anticipación que ella se ordenaría en tal o cual sentido, en virtud de una lógica preestablecida de los hechos. De esta manera, Foucault en sus últimas obras mostrará que no hay más una experiencia intemporal, inmemorial, de la sexualidad, cuyas alternancias de licencia y represión revelarían u ocultarían su fondo esencial; pero no hay más que dispositivos coyunturales del sujeto deseante que sucesivamente organizan las experiencias al cabo de una

historia que constantemente permanece abierta porque no está sometida al presupuesto de ninguna teleología, sea ésta o no racional. Sin embargo no es cierto que la *Historia de la locura* se libere completamente del peso de estos orígenes. Sobre esto volveremos.

Con base en este análisis y en el hecho nuevo que él anticipa, la interpretación de formas modernas de reclusión en instituciones médicas que se presentan como la ejecución de un saber del hombre, interpretación esbozada en el texto del 54, adquiere en el texto del 62 un significado completamente diferente. En efecto, ¿qué muestra Foucault en su primer libro? Que la liberación de los locos a finales del siglo XVIII, en el momento en que la ideología burguesa humanista lanza al descrédito a la institución del hospital general y decide su supresión en razón del carácter exageradamente claro de carcelario, es una apariencia engañosa, puesto que al impulsar la locura un poco más a su estatuto de alienación, coincide con las nuevas prácticas de la medicina de asilo, que de hecho equivalen a privar al individuo de su humanidad y personalidad. Al emprender en el 54 una investigación sobre las “condiciones de la enfermedad” (recordemos que era el título de la segunda parte de *Maladie mentale et personnalité*), Foucault se propuso responder a la pregunta: “¿Cómo llegó nuestra cultura a dar a la enfermedad el sentido de desviación y al enfermo un status que lo excluye?” (p. 75). Pero en este momento el eslabón intermedio que suponía esta explicación, la experiencia clásica de la reclusión, al hacerle falta completamente, no puede aportar a la pregunta así planteada más que una respuesta indicadora que reposa en la interpretación del fenómeno general de la alienación. Esta interpretación se apoya en el análisis de las contradicciones de la ideología burguesa que a la vez reintegra la locura en la humanidad, al proponer su estudio positivo en el contexto global de las ciencias del hombre cuyo programa ella define entonces, y despoja al loco de su naturaleza de hombre, haciéndole llevar sobre sí una “interdicción” que le retira los derechos fundamentales ligados por otra parte a la esencia humana. “En el siglo XIX, el enfermo mental es aquel que ha perdido el uso de las libertades que le ha conferido la revolución burguesa” (*Maladie mentale et personnalité*, p. 80). Hay entonces un conflicto entre la representación ideal de una humanidad abstracta y las prácticas reales de la sociedad concreta: esta contradicción en la sociedad burguesa abre un espacio en el que hay lugar para una alienación y por este hecho constituye a esta sociedad misma como sociedad alienada. “El des-

tino del enfermo está fijado desde entonces por más de un siglo: está alienado. Y esta alienación marca todas sus relaciones sociales, todas sus experiencias, todas sus condiciones de existencia; ya no puede reconocerse en su propia voluntad puesto que se le supone una que él no conoce; no encuentra en los otros más que extraños, puesto que él mismo es para ellos un extraño. Por tanto la alienación es para el enfermo una experiencia real mucho más que un status jurídico; ella se inscribe necesariamente en el hecho patológico” (id). Por lo tanto, hay una experiencia de alienación que no es solamente el hecho del loco como individuo sino que pertenece a la sociedad entera dentro de la cual él es reconocido como un enfermo. El saber de la locura, tal como se desarrolla en el discurso de la patología médica, no hace nada diferente de expresar luego una estructura de relaciones sociales de las que en alguna manera constituye el reflejo. La enfermedad remite a la experiencia social y no a la cultural de la deshumanización. Es por esto que Foucault puede concluir así su análisis: “Podemos suponer que el día en el que el enfermo ya no sufra la suerte de alienación, será posible examinar la dialéctica de la enfermedad en una personalidad que sigue siendo humana” (*Maladie mentale et personnalité*, p. 83). Restituir al individuo su personalidad, lo que no puede hacerse más que en el contexto de una sociedad desalienada ella misma (“el día en que”), es al mismo tiempo suprimir la forma de alienación para sustituirla por la “dialéctica de la enfermedad”.

En el texto del 62, esta teoría de la alienación social fué completamente borrada, y en su lugar se encuentra un análisis de las modalidades según las cuales, a fines del siglo XVIII, la reclusión fué no suprimida sino convertida, transformada de una práctica de policía en una práctica médica: es entonces cuando los asilos son reservados a los enfermos mentales y les son trasladadas las antiguas prácticas de reclusión. Esta transformación se lleva a cabo en la forma mítica de un doble advenimiento: el del humanismo y el de la cientificidad positiva. Pero la naturaleza humana revelada de esta manera no es más que una esencia ficticia: el médico del asilo, lejos de volver a una experiencia natural del hecho patológico despojada del prejuicio de una evaluación social, le aplica por el contrario, a la enfermedad mental, el veredicto colectivo que la condena; él es “agente de las síntesis morales” (p. 85). Por lo tanto la percepción de la locura como enfermedad mental se hace sobre el fondo de un espacio social de exclusión que asimila la anomalía con la falta. Es en esas condiciones que por primera vez es reconocida la espe-

cificidad de la enfermedad mental, por medio del discurso de la psicología que se separa entonces definitivamente del de la fisiología orgánica. “En el nuevo mundo asilar, en ese mundo de la moral que castiga, la locura se convirtió en un hecho que concierne esencialmente al alma humana, su culpabilidad y su libertad; en adelante se inscribe en el elemento de la interioridad; y por esto, por primera vez en el mundo occidental, la locura va a recibir status, estructura y significación psicológicas. Pero esa psicologización no es más que la consecuencia de una operación sorda y situada en un nivel más profundo, una operación por la cual la locura se encuentra insertada en el sistema de los valores y de las represiones morales “(*Maladie mentale et psychologie*, p. 86). La constitución de ese saber no depende de la naturaleza supuesta de su objeto sino del sistema global de evaluación dentro del cual éste es identificado y reconocido precisamente como objeto: este sistema que se instala a comienzos del siglo XIX, define las condiciones de una nueva experiencia de la locura, cuyo estilo y orientación general son completamente inéditos en relación con sus experiencias precedentes. De tal manera inéditos, ya se hizo la observación, que la alusión al “mundo occidental” y a su aparente homogeneidad o permanencia parece perder al mismo tiempo su pertinencia.

La última parte del capítulo sobre “la constitución histórica de la enfermedad mental”, en el libro del 62, está consagrada a mostrar cómo se produjo la psicología por medio de la estructura asilar en cuyo seno la locura se convirtió en enfermedad mental. Como acabamos de verlo, en relación con la interpretación que corrientemente se le da, debe ser invertida en efecto la relación de la enfermedad mental con la psicología. “El hombre no se convirtió en ‘especie psicologizable’ más que a partir del momento en que su relación con la locura permitió una psicología, es decir fué definida por la dimensión interior de asignación moral y de culpabilidad” (*Maladie mentale et psychologie*, p. 88). Foucault ya no dice que esta relación es contradictoria sino que es “ambigua”, porque reposa en la confusión, históricamente instituida al comienzo, entre determinaciones extrañas una de la otra y cuya coincidencia no depende ni de un fundamento natural ni de una justificación racional. “Toda la estructura epistemológica de la psicología contemporánea está enraizada en este acontecimiento que es más o menos contemporáneo con la Revolución, y que concierne a la relación del hombre consigo mismo” (id). El discurso de la psicología saca su legitimidad de un acontecimiento que le comunica su necesidad, y de la

cual no hace más que darle una representación artificialmente objetivada, en ese tipo de *homo psychologicus* que es también, inseparablemente, sujeto de la reclusión.

Por tanto es la experiencia de la locura la que permite comprender la empresa de la psicología y no que la psicología misma comprenda a la locura. Sin embargo, podemos preguntarnos si no se esboza aquí una nueva ficción, una nueva utopía exactamente simétrica con aquella del texto del 54 cuando evocaba la eventualidad de una sociedad desalienada, ya que sería purgada definitivamente de todas sus contradicciones (“el día en que”): la de un saber diferente del hombre, saber desnudo, saber auténtico, saber verdadero, saber desicologizado puesto que es despatologizado, tal como lo revelan las grandes tardes de la tragedia. “La psicología nunca podrá decir la verdad sobre la locura ya que es la locura la que detenta la verdad de la psicología. La psicología de la locura, llevándola hasta sus raíces, sería no el dominio de la enfermedad mental y con esto la posibilidad de su desaparición, sino la destrucción de la psicología misma y la reactualización de esta relación esencial, no psicológica porque no es moralizable, que es la de la razón con la sinrazón (p. 89). Esta “relación esencial” del hombre consigo mismo pone en juego otra clase de verdad que no depende ya de ninguna forma de determinación positiva: es por esto que esta verdad constituye una norma de evaluación absoluta. Es precisamente el tema que retoma el capítulo sexto de *Maladie mentale et psychologie*, consagrado a “la locura estructura global”. He aquí su programa: “algún día será necesario intentar hacer un estudio de la locura como estructura global de la locura liberada y desalienada, en alguna manera restituida a su lenguaje de origen” (p. 90). Pero esta evocación cuya línea fulgurante atraviesa también muchas páginas de la *Historia de la locura*, ¿acaso no se apoya en un nuevo mito totalmente primordial que no puede ser objeto de ningún examen, de ninguna evaluación, ya que no depende él mismo de ninguna “condición”? Este mito es el de la locura esencial que persiste en su naturaleza originaria, de este lado de los sistemas institucionales y discursivos que alteran la verdad primera o la “confiscan”, según una expresión ya comentada. Un mito semejante, el de una esencia humana desalienada, ocupa el lugar que tenía en el texto publicado en el 54, como si la referencia implícita a Nietzsche y Heidegger, a lo largo de toda la *Maladie mentale et psychologie*, se pudiera sustituir por la referencia al joven Marx, que por su lado es una obsesión en el texto *Maladie mentale et persona-*

lité. Esta representación de una relación definitiva del hombre consigo mismo, que precede todas sus experiencias históricas y las relativiza al juzgarlas en comparación con su propia verdad fundamental, constituye de alguna manera lo teórico impen-sado, a partir del cual Foucault escribe la *Historia de la locura*, a comienzos del 60. Captamos entonces los límites en los que se inscribe la rectificación que él hace en el 62 a su texto del 54: al desplazar la idea de una verdad psicológica de la enfermedad mental, a la de una verdad ontológica de la locura, deja intacto el presupuesto de una naturaleza del hombre, incluso si ésta depende de una evocación poética más que de un saber positivo.

Se comprende entonces que en su libro del 62 Foucault haya podido retener las páginas que servían de conclusión al capítulo quinto del texto del 54 (p. 84-87), al trasladarlas al final de ese capítulo sexto consagrado a “la locura estructura global”. ¿Por qué este traslado? Porque al rechazar como conclusión consideraciones sobre las condiciones históricas y sociales del encierro, consideraciones que por el hecho de su inserción en un nuevo contexto adquieren en otras partes una significación sensiblemente diferente, Foucault podía eliminar lo que bajo el título “la psicología del conflicto” daba su contenido al capítulo sexto de *Maladie mentale et personnalité*. La supresión pura y simple de este capítulo es ciertamente la razón esencial de la refundición de la obra, luego de su reedición, pues es claro que nada, ni en el contenido ni en el detalle de sus formulaciones, correspondía ya a la concepción que Foucault se hacía de las relaciones entre la enfermedad mental y la psicología después de sus trabajos sobre la historia de la locura. En efecto, ese capítulo sexto del libro publicado en el 54, al apoyarse en datos y conceptos tomados en préstamo de la psicofisiología pavloviana, vuelve a dar lugar, al lado de un análisis del condicionamiento social ordenado bajo la rúbrica general de “alienación”, a un estudio propiamente psicológico de comportamientos reconocidos como patológicos por efectos de ese condicionamiento. Se trata entonces de mostrar cómo resuenan las formas colectivas de la alienación sobre las conductas individuales para imprimir a unas un carácter de normalidad y reservándole a las demás la orientación catastrófica de comportamientos desviados, sancionados como tales por un diagnóstico médico. Esto implica que la enfermedad mental surge de dos clases de condiciones: condiciones generales comunes a los comportamientos sanos y a los identificados como patológicos, y condiciones específicas de la personalidad del individuo a cuyo nivel se opera el corte

de lo normal y lo anormal. Un análisis semejante brota de dos presupuestos. Por una parte al situar las investigaciones de la psicología —o más bien lo que Foucault un poco antes llamaba “la verdadera psicología” (p. 110) en su libro del 54, es decir, de una psicología finalmente liberada de los prejuicios que le son impuestos por la alienación de la sociedad —en las márgenes de la explicación histórico-social, a fin de mostrar cómo la contradicción general de la sociedad puede interiorizarse por conciencias individuales a modo de conflicto, este análisis se mantiene en la perspectiva de un realismo psicológico, pues fija profundamente en la ciencia los fenómenos de la enfermedad mental y los liga a ella incluso por la misma razón de que reduce esa conciencia a un conjunto de procesos, solidariamente psíquicos y orgánicos, cuyo mecanismo regido por determinismos objetivos accede de esta manera a una especie de necesidad material. Por otra parte el examen de estos procesos al hacer ver que todas las conductas están sometidas a las mismas leyes, a partir de la relación fundamental de excitación e inhibición, las hace depender de una fisiología general que es también al mismo tiempo una patología: dependiendo la enfermedad de los mismos principios de explicación que los comportamientos normales, se presenta entonces como un fenómeno de adaptación, es decir, como el sistema más o menos coordinado de las respuestas a estímulos venidos de un medio exterior, en el que se encuentran en última instancia las causas de los conflictos de los que no es más que la manifestación. “Hay enfermedad cuando el conflicto en lugar de llevar a una diferenciación en la respuesta provoca reacción difusa de defensa; en otros términos, cuando el individuo no puede dominar a nivel de sus reacciones las contradicciones de su medio, cuando la dialéctica psicológica del individuo no puede encontrarse en la dialéctica de sus condiciones de existencia” (*Maladie mentale et personnalité*, p. 102). A nivel de individuo la alienación es una apariencia porque es una realidad al de aquellas condiciones de existencia colectiva: y no era menos necesaria que una psicología materialista y dialéctica para confirmar y precisar esta objetivación de los fenómenos patológicos cuyo carácter efectivo es desplazado así del individuo a su medio, donde se encuentra su fundamento real. “Con ese contenido nuevo la alienación ya no es una aberración psicológica sino que es definida por un momento histórico: es solamente en él como se hizo posible”.

Pero es evidente Foucault ya no puede razonar de esta manera después de haber escrito *La historia de la locura*. Primeramente porque una explica-

ción objetiva semejante restituye a una psicología la función de dar cuenta de la enfermedad mental, mientras tanto se ha hecho claro que legitima solamente *a posteriori* las prácticas de las que depende su discurso. Luego y sobre todo porque al mismo tiempo que liga los fenómenos patológicos con el momento histórico que los hace posibles, esta explicación les retira los caracteres que los hacen reconocer en un contexto histórico bien preciso como patológicos, inclusive antes de identificarlos como “hechos”. Se ha hecho esencial para Foucault en el 62 hacer aparecer que el alienado no es solamente un desadaptado, es decir, un desecho de los mecanismos de adaptación de los que por otra parte ya no se sabe muy bien si dependen de un estudio psicológico o sociológico. Pues de hecho es algo muy diferente: es el producto de un régimen institucional dentro del cual hay lugar para el enfermo precisamente en la medida en que no hay ninguno para el loco. En su primer texto, Foucault concluía que la anormalidad era efecto de la alienación, siendo ésta el principio objetivo a partir del cual puede ser explicada la enfermedad. “Por lo tanto no es porque se está enfermo que se está alienado sino en la medida en que se está alienado, se está enfermo” (*Maladie mentale et personnalité*, p. 103). Y escribía todavía esto: “Tratar de definir la enfermedad a partir de una distinción de lo normal y lo anormal es invertir los términos del problema; es hacer una condición de una consecuencia, con el fin, sin duda implícito, de ocultar la alienación como verdadera condición de la enfermedad” (id. p. 105). Por el contrario, en su libro del 62, Foucault muestra que el concepto de enfermedad mental no tiene sentido más que en el campo de este procedimiento de exclusión, cuyos orígenes o razones no hay que buscarlos en una forma cualquiera de saber positivo, procedimiento que inclusive antes de reconocerla y describirla como alienación instala una frontera infranqueable entre la enfermedad y las otras formas de existencia humana, separación ésta que por sí sola le confiere a los fenómenos patológicos su realidad de objetos abiertos al saber. Es verdad que Foucault al mismo tiempo transfiere de la alienación a la locura ese carácter de hecho objetivo del cual la enfermedad mental es el sustituto más que el síntoma o la manifestación, ya que en las condiciones de una experiencia histórica ella llega a ocultar casi completamente su naturaleza primordial, pero también entonces ya no se trata de proponer una explicación psicológica de la enfermedad al nivel que sea, pues es evidente que ninguna psicología jamás podrá llegar a dar cuenta del fenómeno del que justamente debe hacer olvidar las condiciones de aparición.

Hay por lo tanto una verdadera inversión de perspectiva entre las dos versiones sucesivas de la misma obra, de *Maladie mentale et personnalité* a *Maladie mentale et psychologie*. Esta inversión es la que nos permite precisar las condiciones en las que Foucault, en ruptura con orientaciones anteriores, se comprometió en la *Historia de la locura*, su primera gran construcción teórica. Sin embargo, una inversión es un movimiento que de cierta manera conserva porque supone también una permanencia. Al aportar una rectificación decisiva a los análisis precedentes de la enfermedad mental, hizo posible un trabajo de investigación histórica liberado de los *a priori* que le imponía un dogma explicativo preestablecido y sobre todo del presupuesto teleológico de un sentido de la historia: se comprende en lo sucesivo que Foucault después de haberlo experimentado él mismo, haya huído como de la peste de todo lo que venía del “materialismo dialéctico”. ¿Pero esto significa que en este género de ruptura llegó a establecer definitivamente el nuevo pedestal teórico sobre el cual iba a reposar el estudio de una historia devuelta a sus condiciones exactas y a sus auténticos orígenes? Nada es menos cierto. Y para convencerse de que esta rectificación misma no tiene más que un valor limitado y no definitivamente fundador o instaurador de un acto discursivo que se inserta en el movimiento de conjunto de un dispositivo de conocimiento del que la *Historia de la locura* no es más que el primer jalón, basta leer la conclusión de *Maladie mentale et psychologie*, pues en esas páginas aparecen de manera brillante el carácter heurístico y también los límites de la nueva problemática que Foucault definió a comienzos de los años sesenta y que debía servir de punto de partida, pero solamente de punto de partida para sus investigaciones ulteriores. Es esbozada allí una interpretación de la historia como proceso de ocultación de la verdad, indiscutiblemente de inspiración heideggeriana: si no hay verdad psicológica de la locura –no siendo el homo *psychologicus* más que una invención tardía de nuestra cultura–, es porque la locura misma en su verdad esencial e intemporal desgarró la historia de sus destellos que por ser intermitentes (Hölderlín, Nietzsche, Artaud...), no son menos los signos indiscutibles de su inalterable permanencia. Por lo tanto la historia de la locura no es la locura como historia o la locura en cuanto brota de una constitución histórica que la produce en la forma de sus diversas experiencias, sino que es esa historia que le sucedió a la locura porque se la hicieron, historia a propósito de la cual surge una sospecha, la de su inautenticidad, y también la esperanza de que como ha sido hecha, así mismo pueda ser deshe-

cha de manera que por fin haga volver esa verdad primera de la que solamente manifiesta su ausencia. “Hay una buena razón para que la psicología jamás pueda gobernar la locura y es la de que la psicología no fué posible en nuestro mundo más que una vez dominada la locura y excluída ya del drama “(*Maladie mentale et psychologie*, p. 103). La locura dominada o confiscada es en el fondo la locura desnaturalizada al mismo tiempo que es socializada. La pregunta que plantea la lectura de las grandes obras ulteriores de Foucault, de esa arqueología del saber como son las *Palabras y las cosas* hasta la *Historia de la sexualidad*, es la de saber si mantienen esa separación entre historia y verdad que finalmente remite a una distinción abstracta entre el orden de la naturaleza y el de la cultura, o si bien a su vez no aportan nuevas rectificaciones a esta problemática.

Pierre Macherey. Filósofo francés. Profesor de la Universidad de París I. Autor de *Pour une théorie de la production littéraire* y *Hegel ou Spinoza*.

Chaucer, Geoffrey (1340-1400)
Poeta Inglés



Grabado en Madera
Ilustración para **Los cuentos de Canterbury** (c.1386)